

LIESL GRAZ

Armas no-letales

...no te matan

(o así dicen)

pero más te valdría

que lo hicieran...

Liesl Graz es
periodista, *The
Economist*.

Traducción: Pablo
de Marinis

Desde el final de la guerra fría ha venido aumentando la importancia de las armas no letales, tanto en la frecuencia de su utilización, en su creciente sofisticación, como en la cantidad de apoyos políticos y militares que reciben. A lo largo de su argumentación, la autora pone en tela de juicio su carácter de “no letales”. Esto se debe no sólo a que casi siempre se utilizan conjuntamente con las tradicionales armas letales, sino también por los efectos mortales que ellas mismas pueden tener.

Una nueva generación de armamentos –las armas no letales– fluye desde los laboratorios hacia los arsenales de los países desarrollados. Estas armas, a las que a veces de manera inquietante se llama armas pre-letales, están diseñadas a la medida de un nuevo concepto de hacer la guerra, supuestamente incruento, aunque ciertamente no indoloro. Se supone que nadie será matado, y se supone que nadie mata; por lo menos la opinión pública no se enterará, y si lo hace no será inmediatamente.

La idea de las armas no letales no es nueva.

La idea de las armas no letales no es nueva: balas de goma o de madera –preferidas por la policía antidisturbios y por la Fuerza de Defensa de Israel–, incluso el gas lacrimógeno, pueden incluirse dentro de esta categoría. Los tristemente célebres Agentes Verde, Rosa, Púrpura, Blanco, Azul y Naranja, usados por los estadounidenses en Vietnam, eran herbicidas o defoliantes, utilizados principalmente para hacer salir a los combatientes de la selva, y eran presentados como no letales. El Agente Naranja, por sólo mencionar un ejemplo, contenía pequeñas cantidades de dioxina letal, pero por entonces poca gente sabía lo que esto podía producir.

¿De qué estamos hablando?

El pequeño colectivo de personas que se preocupa por estos temas se vio profundamente conmocionado –y esto no es un juego de palabras– cuando recientemente, un fabricante sueco hizo pública un “arma para aturdir” y anunció que los soldados suecos, en particular las futuras tropas de mantenimiento de la paz, habían estado practicando con ella para optimizar su uso. Los fabricantes han promocionado esta arma como agente antidisturbios. Esto plantea el problema de las mutuas influencias entre los usos militares y civiles de las armas, y la cuestión acerca de para qué tipo de guerras –o no-guerras– se están preparando los militares.

Se supone que las armas no letales no matan, sino que hacen perder el conocimiento, agitan el cerebro, queman los órganos, producen un mareo incontrolable, náuseas o defecación involuntaria, paralizan a los adversarios en una maraña de redes o fijándolos en el sitio en que se encuentran. Su clasificación como armas no letales hace posible poner a disposición de los soldados productos químicos y gases cuyo efectos a largo plazo nadie conoce y que, puesto que no se trata de armas de destrucción masiva, no caen bajo el ámbito de incumbencia de los convenios internacionales que prohíben las guerras químicas y biológicas.

Hace pocos años, cuando los estragos causados por las minas terrestres antipersonal todavía no eran objeto de discusión pública, un cirujano británico llamado Robin Coupland fue uno de los primeros en llamar la atención del mundo acerca del horror que éstas causaban. El doctor Coupland había estado trabajando durante varios años en hospitales de campaña del Comité Internacional de la Cruz Roja. Declaró que ya “tenía suficiente con haber amputado, cortado y aserrado gente que había tenido la terrible suerte de pisar una mina”. Coupland fue considerado un idealista visionario, y se creyó imposible la mera idea de prohibir las minas antipersonal. Coupland también alertó con fuerza a la comunidad internacional acerca de los peligros de los láser cegadores, otra arma no letal. Los láser cegadores fueron objeto de una prohibición internacional en 1995. Fue la primera vez en que un arma fue prohibida por el derecho internacional antes de que alcanzara un amplio nivel de utilización.

En la actualidad, Robin Coupland y algunos de sus colegas están orientando su atención hacia las armas no letales. Su objetivo no es –como se preocupa en

señalar— lograr una prohibición general, pues muy probablemente sería una pretensión inútil; tal como lo plantea, lo importante es: “¿Cómo puedo estar en contra de algo que podría salvar vidas?”.

Se trata de llamar la atención pública y en especial de que quienes toman las decisiones militares y políticas reflexionen atentamente sobre lo que estas armas pueden hacer, no sólo en lo inmediato, sino también a medio y largo plazo. En los escalones más elevados del *establishment* militar, tanto en Estados Unidos como en Europa, parecen estar en alza quienes sin reservas se declaran entusiastas defensores de las armas no letales. Los escépticos se dividen entre aquellos que se preguntan qué sentido tiene no matar a un adversario y los pocos que recuerdan catástrofes como la del Agente Naranja. En algunos manuales militares, por ejemplo en los usados por los franceses, las técnicas de guerra psicológica se cuentan entre las armas no letales. Excluiremos tales técnicas para los propósitos de este artículo y nos concentraremos sobre cosas materiales que pueden tener algún efecto físico sobre los seres humanos.

¿Matar y no matar?

Las formas por las que se mata a una persona pueden dividirse en tres grandes categorías, según el tipo de armas utilizado.

El primer tipo es el de las armas electromagnéticas y térmicas: aquí se incluye una amplia gama, desde las radiaciones hasta el napalm y los lanzallamas.

El segundo tipo abarca todos los medios químicos y biológicos que pueden producir una agresión fisiológica en el cuerpo humano.

La tercera categoría, y la más variada, es la de las armas físicas, que va desde las bombas de fragmentación, pasando por el fuego de artillería y rifles, hasta las bayonetas, cachiporras y cuchillos de comando.

A lo largo de este siglo, casi todas las armas de las dos primeras categorías han sido declaradas ilegales o han sido estigmatizadas, hasta quedar relegadas al papel de elementos disuasorios. En los Estados llamados civilizados no se las ha considerado como medio real de combate. Sólo las armas del tercer grupo, aquellas que producen un daño físico, se siguen considerando legítimas. Sin embargo, la emergencia de las armas letales podría rehabilitar al menos algunas entre las de la segunda categoría, haciendo posible nuevamente su uso sin infringir las reglas de la guerra.

Nos interesan en especial las armas nuevas cuyo blanco principal son los seres humanos. No obstante, parece imposible ignorar del todo las armas anti-material, como los agentes fragilizadores o corrosivos que pueden ser lanzados desde un avión sobre los equipos militares. Lo que estos agentes pueden provocar en la gente que se cruza en su camino nadie lo sabe, y probablemente a nadie le importa.

Armas biológicas o médicas

Entre las armas nuevas más “prometedoras” se encuentran las que pueden denominarse “biológicas o médicas”, según la clasificación usada por el profesor

Los láser cegadores han sido prohibidos, pero hay otras armas ópticas que esperan a la vuelta de la esquina.

Malcolm Dando, de la Universidad de Bradford.¹ Se está pisando realmente un terreno resbaladizo, puesto que las armas químicas y biológicas han sido prohibidas en el derecho internacional. La policía utiliza habitualmente el gas lacrimógeno para el control de las aglomeraciones de gente. ¿Qué papel se deja al uso militar de los agentes calmantes, soporíferos y otras sustancias químicas que pueden influir sobre la conducta humana? Puesto que, en principio, estos agentes no matan, no rigen las reglas internacionales corrientes.

Las siguientes armas en la lista son las espumas químicas y las sustancias que convierten las superficies en resbaladizas. La espuma que presuntamente usaron los *marines* de EE UU en Somalia² parece ser una perfecta arma no letal. Rociada sobre un adversario a quien se desea neutralizar —un civil, o incluso un miliciano que actúa en una operación de paz, por ejemplo— la espuma puede actuar como si fuera un poderoso pegamento, que inmoviliza de inmediato los miembros de la víctima y lo más probable es que la fije en el terreno, en especial si se lanza con la fuerza suficiente como para derribar a la persona. Todo esto suena como algo maravillosamente inofensivo, como si se tratara de la misma sustancia que se arroja con aerosoles en carnaval. Nadie se preocupa de lo que le sucede a la persona que ha quedado adherida al suelo, cuando hay 45° C a la sombra —pero no hay sombra—, o si la espuma le sube a la cara y obstruye sus fosas nasales y le pega la boca hasta cerrarla. O cuáles son los efectos a largo plazo cuando tales espumas obstruyen conductos y poros en grandes superficies de la piel.

Por otra parte, cuando estos super-adhesivos se rocían sobre tanques, se definen como armas no letales. Lo que les sucede a los hombres encerrados en ellos más vale no preguntarnoslo. Además, existen unos lubricantes, unas sustancias anti-tracción que hacen que una superficie se convierta en muy resbaladiza: no sólo los aviones no pueden despegar o aterrizar, sino que tampoco pueden circular vehículos ni peatones. Aparte del hecho de que los soldados que se encuentran en la pista se convierten en blancos fáciles para cualquier acción posterior, e impiden al personal de asistencia sanitaria acceder a los heridos, también comparten con las espumas el problema de que nadie sabe lo que los gases o las partículas que contiene la sustancia pueden hacerle a la piel y a los pulmones.

Los láser cegadores han sido prohibidos, pero hay otras armas ópticas que esperan a la vuelta de la esquina. Entre las que suscitan una mayor cantidad de objeciones se cuentan las luces estroboscópicas que producen desorientación (como las luces de una discoteca multiplicadas por varios cientos), o las luces de intensidad variable, que provocan una ceguera temporal.

A las virutas metálicas, hechas de partículas de metal muy finas, incluso microscópicas, se las suele considerar como armas anti-material, usadas para provocar cortocircuitos en equipos eléctricos o perturbar los sistemas electrónicos. Pero si se las inhala, su acción sobre los pulmones podría ser devastadora, a pesar de no ser necesariamente mortal en lo inmediato.

¹ Malcolm Dando, *A New Form of Warfare*, Brasseyès, Londres, 1996.

² ¿Fue o no fue así? Existen informes de testigos presenciales que aseguran que se ha usado en las calles de "Mogadiscio", pero los especialistas en armas no letales confirmarán simplemente que "fue usada".

Sonidos y ondas

Algunas de las más impresionantes entre las nuevas armas usan infrasonidos, frecuencias muy bajas de ondas sonoras a alta intensidad. La mayoría de los seres humanos pueden oír sonidos en frecuencias que oscilan entre 20 y 20.000 hercios o ciclos por segundo. Así como las frecuencias muy altas pueden causar dolor físico, los expertos en acústica han descubierto que también las frecuencias de sonido muy bajas pueden tener efectos sorprendentes sobre los seres humanos que las oyen. El efecto más común es la náusea, una náusea fortísima, causada por las vibraciones desfavorables en el oído interno, algo parecido a un caso extremo de mareo provocado por una embarcación. Otros órganos pueden entrar en resonancia en sus propias cavidades, especialmente si los emisores de infrasonido están sintonizados para actuar conjuntamente. Uno de los resultados más fáciles de obtener parece ser la defecación involuntaria. Nadie morirá directamente por esto, pero unido a las náuseas, produce la práctica incapacidad en el campo de batalla.

Las verdaderas preguntas vienen después y se refieren, de una forma u otra, a todas las armas no letales: ¿cuáles son, si los hay, los efectos colaterales y posteriores de un ataque de estas características? ¿Qué sucedería si la sintonía refinada de estas armas tan sofisticadas funcionara mal? Y finalmente, ¿cuáles son los efectos sobre los soldados que las utilizan?

Las armas que aturden son diseñadas para golpear, dicho literalmente, a los blancos con la fuerza física. Las armas que usan masivamente ondas sonoras son análogas, en muchos sentidos, a los cañones de agua; el agua no lastima en cantidades moderadas, pero usada con fuerza puede producir un gran daño. Con las ondas sonoras sucede lo mismo. Hay otras armas que no aturden mediante ondas sonoras, pero sí con descargas eléctricas a un voltaje controlado; en otras palabras, las pistolas de rayos. En lo que se refiere a los cañones de agua, también pueden ser electrificados, aunque aparentemente este refinamiento aún no ha sido probado en ningún campo.

En el otro extremo del espectro, por decirlo de algún modo, se encuentran las microondas, a las que se considera especialmente en el contexto de las armas anti-material. Estas microondas poco tienen que ver con el bonito horno casero, muy bien aislado, y todavía quedan muchas preguntas sin responder respecto a los efectos que pueden tener sobre el organismo humano.

¿Cuál es el problema?

Desde el final de la guerra fría, a medida que ha retrocedido la amenaza de los conflictos totales entre las grandes potencias, la idea de arma no letal ha ido ganando importancia, y las armas mismas se han vuelto más sofisticadas. ¿Por qué habría que preocuparse por las armas no letales? ¿No es una gran idea no matar? Esta es la primera reacción de casi todos los que se confrontan con la idea, especialmente de los militares y diplomáticos que se ocupan de todas las "grandes" cuestiones de desarme: armas nucleares y del espacio, químicas o biológicas, esto es, todas las armas a las que se considera de destrucción masiva.

Hay otras armas que no aturden mediante ondas sonoras, pero sí con descargas eléctricas a un voltaje controlado.

“El problema de las minas está resuelto”, dirán (olvidando a veces la negativa de EE UU de adherirse a la Convención de Ottawa); los láser cegadores se prohibieron en 1995; entonces, ¿no estamos cerca del mejor de los mundos posibles?”.

Puede ser cierto que las armas no letales sean las ideales para las operaciones de mantenimiento de la paz, lo que según muchos será la actividad principal de los soldados en el futuro. El peligro principal radica en que se desconocen sus efectos a largo plazo, ni siquiera los de las que ya han sido utilizadas.

Es esta incertidumbre la que estimula la preocupación del Comité Internacional de la Cruz Roja como una extensión de su proyecto SirUs. El proyecto SirUs tiene como objetivo codificar la noción de “Daño Superfluo y Sufrimiento Innecesario”³ para ofrecer un punto de referencia que sirva para decidir qué armas son o no permitidas según los términos de las Convenciones de Ginebra sobre Derecho Humanitario.⁴

Pero también hay otras preocupaciones. La mayoría de los teóricos de doctrina militar en los países avanzados sostiene que las armas no letales nunca se presentarán solas. “Siempre serán usadas conjuntamente con las armas letales”, afirma el Coronel John Alexander, consultor del Departamento de Defensa de Estados Unidos y acérrimo defensor de las armas no letales. En ese caso, ¿la fuerza mortífera se usará sólo como último recurso, en el caso de que las armas no letales no consigan su objetivo militar, o, por el contrario, las armas no letales se usarán precisamente para debilitar al adversario antes de un ataque letal?

Versiones anteriores de armas no letales se usaron en Vietnam, especialmente gas en los túneles, que se utilizó a veces para que los soldados salieran al abierto y se convirtieran en blancos fáciles para las armas letales. El entonces ejército soviético fue acusado de usar agentes calmantes en Afganistán, para perseguir los mismos objetivos. ¿Es esto lo que los defensores de las armas no letales realmente quieren? Perfeccionar armas que quizás, en sí mismas, no sirvan para matar, pero que hagan posible más muertes. ¿Es esto lo que se propone?

Otro problema de doctrina militar se relaciona con el uso de armas no letales en las operaciones de mantenimiento de la paz de la ONU. Nadie quiere ver a los soldados de la ONU matando, y menos aún, cuando las cámaras de televisión están allí para filmar la acción en vivo, como sucede cada vez más en las operaciones internacionales. Entonces, ¿hay algo mejor que “neutralizar” al adversario, civil o militar, en vez de matarlo? Bosnia mostró casos de tropas bien entrenadas que deliberadamente ignoraban el derecho internacional humanitario: el uso de armas no letales parece estar cortado a medida para la confrontación con adversarios de tales características, al menos en un comienzo, hasta que los mandos realmente conozcan sus armas y puedan controlar completamente su uso.

³ La terminología fue tomada del Protocolo I, de 1977, adicional de las Convenciones de Ginebra de 1949, artículo 35,2.

⁴ Esta preocupación no es nueva. Las primeras armas que fueron prohibidas en el derecho internacional fueron las balas “dum-cum”, a las que se consideró como causantes de sufrimiento innecesario en la declaración de San Petersburgo de 1868.

Efectos psicológicos

Un último aspecto del uso de las armas no letales, poco considerado hasta ahora, se refiere a los efectos que éstas pueden tener en la psicología de los oficiales que ordenan su uso y de los soldados que las usan, más que sobre quienes son usadas. El teniente coronel estadounidense Dave Grossman, autor de un libro escalofriante llamado “Acerca del matar”⁵ es alguien que ha reflexionado a fondo sobre esta cuestión. La premisa fundamental de Grossman es que muy poca gente, soldados incluidos, realmente quieren matar, a menos que su conducta se encuentre seriamente condicionada. Como la mayoría de los militares estadounidenses, también Grossman es bastante favorable al uso de armas no letales, especialmente porque cree que su uso reducirá en futuras guerras la incidencia de los “Desórdenes de Tensión Nerviosa Post-Traumáticos” (*Post Traumatic Stress Disorders*). Por otro lado, considera que “cambiará todo lo que se refiere a la postura que se adopta en un conflicto, tal como la conocemos desde los tiempos más remotos. ¿Por qué no ser violento, o por qué no incitar a un adversario a la violencia, si el resultado no es mortífero?”

Y más aún, “las interminables noticias que gráficamente muestran grandes hileras de hombres derribados por nuestros soldados pueden menoscabar nuestra voluntad nacional... O quizá no, porque en realidad no estamos matando a esas personas. Siempre y cuando la tecnología realmente funcione. Si sólo se mata a uno de cada cien, puede ser demasiado poco para que realmente cambie el creciente potencial para la confrontación, pero es un número de muertes suficientes para que nuestras sensibilidades democráticas sientan repulsión”.

Algunos oficiales estadounidenses consideran estas armas –y la doctrina que las sustenta– desde una perspectiva totalmente diferente. Una vez que a los soldados se de armas no letales, en situaciones determinadas, ¿será posible, en situaciones distintas, devolverles la voluntad de matar?

¡”Zappéalos”!

No es casual que algunas de estas armas parezcan haber salido directamente de los comics de aventuras o de ciencia ficción. Es probable que así sea en el caso de algunas de las ideas en las que se inspiran, por ejemplo, las pistolas de rayos, aunque nadie hasta ahora haya admitido una vinculación directa. El hecho es que suprimir adversarios, cegarlos o ponerlos fuera de combate con “aturdidores” es ya corriente en los comics o en los videojuegos como Nintendo, con los que se han criado los jóvenes soldados de hoy (y no sólo en los países avanzados). Los autores de los guiones de estos comics y juegos establecen delicadas distinciones entre usos letales y no letales de sus juguetes mortíferos. “¡Sigue! ¡Sácalo! ¡Agárralo!” son frecuentes incitaciones en el mundo de Nintendo. ¿Qué hará un soldado cuando crezca y tenga en sus manos una verdadera pistola de rayos?

No es casual que algunas de estas armas parezcan haber salido directamente de los comics de aventuras o de ciencia ficción.

⁵ David Grossman, *On Killing: The Psychological Coast of Learning to Kill in War and Society*, Little Brown and Co, Boston, 1996.

¿Adónde vamos?

Como la mayoría de las cosas militares, mucho de lo relacionado con las armas no letales sigue siendo desconocido. El Departamento de Defensa de EE UU, donde se está realizando la mayor parte del trabajo sobre este tipo de armas, ha intensificado las medidas de seguridad y al mismo tiempo ha hecho un esfuerzo para abrir las partes no secretas del programa.⁶

Las armas no letales existen, y probablemente en un futuro próximo asistiremos a su proliferación. Ahora es precisamente el momento justo para tomar distancia y reflexionar, antes de iniciar una carrera precipitada detrás de nuevas armas de las que nadie conoce los verdaderos efectos. Es también el momento de reflexionar acerca de las implicaciones, tanto para la doctrina militar como para el derecho internacional humanitario, escritos ambos antes que ninguna de estas armas haya salido del reino de la imaginación para entrar en las esferas de la realidad. Además de la pregunta militar (¿qué sentido tiene?) queda otra pregunta, aún más importante, que nos concierne a todos como ciudadanos del mundo: “¿Adónde nos conduce esto?”. Recordemos el Agente Naranja, perfectamente legal en aquella época, incluso era considerado como un buen medio para salvar vidas.

⁶ Por otra parte, el Pentágono ha sido extraordinariamente generoso y abierto al compartir su información no clasificada. Aprovecho la oportunidad para agradecer a los expertos que conversaron conmigo.